

UNA NECESARIA DUDA: SUJECIÓN Y VISIBILIDAD DE LAS MARGINALIDADES

José Pablo Rojas González*

“Cuando el alma necesita un cuerpo que acariciar”, Sabina.

A un gay devorado por la palabra ajena

El fin de este trabajo es estudiar los textos *Paisaje con tumbas pintadas en rosa* (1998), de José Ricardo Chaves, y *La estación de fiebre* (1986), de Ana Istarú, como cuestionamientos a la imposición ideológica del patriarcado, al evidenciar la existencia de pluralidades, dentro de la sociedad, que señalan una ruptura con la norma y, por lo tanto, una emancipación de ella. Propondré la *mostración* de lo erótico como uno de los elementos más importantes trabajados en contra de la imposición que se ha *inscrito* en sus cuerpos, desde donde se da la sujeción.

Así, como se verá, cada transformación personal que busque la libertad, “cada palabra pronunciada para liberarse”, vendrá a ayudar en esta lucha. Y es sobre todo en este punto donde la mujer y el gay vendrían a tomar una acción política, pues se estaría abogando por una percepción diferente de la que se les ha impuesto. Entonces, salir del closet, *exponerse*, implicará salir de la vergüenza, de la culpa; esto llevaría a un cambio en los juegos de poder, pues nuestra mirada valdría como la de otro sujeto: vernos de igual a igual, no de sujeto a objeto, es el resultado.

Entonces, lo que une al gay y a la mujer, sujetos de interés en esta investigación, es su historia de marginación, de silenciamiento, es decir, de objetivación. Es importante recordar que el

gay, a lo largo de su construcción histórica, ha sido definido por unas supuestas características femeninas, con lo que se le ha colocado más del lado de lo femenino que de lo masculino. Claro que habría que matizar esto, pero nuestra finalidad es más bien recalcar esta comunión en la diferencia de ambos sujetos.

No hay cultura al margen de un lenguaje, estamos dentro del lenguaje y éste nos utiliza, nos sujeta. En este proceso carcelario, se nos construye como una masa homogénea; sin embargo, en el lenguaje sólo hay diferencias... La “anomalía” sería, entonces, lo común.

Todorov plantea que la cultura es anterior, preexiste al individuo y no se puede cambiar de cultura de un día para otro. Pero la cultura tiene rasgos comunes con el contrato: no es innata sino adquirida, depende de la voluntad del individuo y puede provenir de la educación. Todorov habla en términos generales del concepto de cultura; no obstante, dentro de esta cultura general hay culturas específicas, hay diferentes grupos humanos unidos por esa cultura general, como por otros rasgos que los distinguen de otros grupos. En este punto, la *conciencia* de *pertenencia* es determinante. Esta característica se puede evidenciar muy bien en *Paisaje...*, donde hay uniones no tanto a partir de parentescos de consaguinidad como por la situación en que se encuentran estos sujetos en

* Estudiante de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

relación con el mundo. Así, dos de los personajes que inauguran el texto son Óscar y Miguel, del segundo se nos dice: “Podía incluso darse el lujo de proteger a Óscar, darle casa, educación, en fin, ayudar a ese primo menor que, como él, también sentía gusto por los hombres. Esta consideración, más que cualquier otra, despertaba en Miguel una cierta solidaridad” (Chaves, 1998: 30).

Los imaginarios buscan unir a toda la población, los imaginarios crean cultura (hasta dentro de las mismas “subculturas”). Es fundamental, entonces, definir la ideología, y por ella entiendo un sistema de ideas comunes a un grupo, imprescindibles en cualquier construcción social. ¿Pero quién maneja la ideología? ¿Desde dónde se construye? Como veremos, se construye desde la palabra, pues ésta es ideología: son una sola cosa. Los sujetos que la pronuncian y la promueven somos todos. No es de extrañar, por lo tanto, que se hable de una ideología dominante. Somos sujetos de esa ideología que une y exilia y, a la inversa, exilia y une, como se verá más adelante.

Al hablar de lo erótico y, más aún, de lo homoerótico, estamos introduciéndonos en el campo de lo oculto, lo velado. Las preguntas que debemos planteramos, en este punto, son: ¿por qué lo erótico es prohibido? ¿Será que al dominar la sexualidad se pueden manejar los demás ámbitos en que se mueve el ser social? ¿Hay que partir, por tanto, de una dominación en lo privado, para así poder servirse de los sujetos en lo público?

Parece, según la deconstrucción que Didier Eribon hace del pensamiento de Foucault, que en la sociedad, desde la época moderna («a partir del clasicismo»), la moral burguesa va a imponerse desde la familia (ámbito privado) hasta el trabajo (ámbito público), instaurando una división entre la razón² y la sinrazón; la segunda tiene que ver con aquello que violenta las reglas sociales “racionales”, por supuesto, en este espacio entra la locura, a la que se añan todos los proscritos; es decir, todos aquellos que ya no pueden ni deben formar parte de la sociedad, entre ellos los homosexuales: “Y la sociedad se erige en adelante por la «gran idea

burguesa, y en breve republicana, de que la virtud es también un asunto de Estado» y que «puede imponer decretos para hacerla reinar»” (Eribon, 2001: 374-375). Hay, desde entonces, un apoyo entre lo privado y lo público, se podría decir que, en realidad, no existe lo privado, con lo que la dominación se hace más evidente.

Es a partir de la *Contrarreforma*³ que Foucault plantea, por parte de la sociedad occidental, una incitación para hablar sobre todo, especialmente sobre la sexualidad. Esta exhortación por decirlo todo se impone desde la nueva pastoral romana. El *director* espiritual debe escucharlo todo, más aún los pecados de la carne, que parecen albergar, en realidad, *todos* los pecados; con lo que se instauraría la culpa como un excelente mecanismo de dominación del cuerpo y las “almas”⁴ de los sujetos. Así, en *Paisaje...* se inserta un artículo de periódico con el que puedo ejemplificar estas prohibiciones de las que he hablado. Este artículo surge a partir de un comentario que hace Abel Pacheco, en el Canal 6, quien habló sobre una rara enfermedad (“cáncer gay”), fechado el 22 de junio (sin año), en la Prensa Libre: “Resumiendo diremos: la decadencia de las civilizaciones se mide por la degeneración sexual. Es señal segura cuando abundan los sodomitas, el final de una civilización está cercano.” (Chaves, 1998:103)

Se nos ha definido, entonces, desde nuestra sexualidad, pero para censurarla⁵, si no es, como veremos, con fines meramente pragmáticos. Al respecto, este fragmento de un poema de Istarú:

“Si del sexo te acuerdas

que ondea bajo mi manto

de vello y azabache,

he destruido el lamento

final de los obispos,

a puñados olvido

viejas recomendaciones,

los afectos pasados,

séquito de dolores,
 soy la tierra
 y el rayo para tu sexo erguido.
 Los edictos, correas rugosas,
 desgarrantes
 han perdido el camino.
 La dicha del pistilo
 me reservo.
 Soy el cauce, la huella.
 Si del sexo te acuerdas,
 rayo y abejas. Vino.”

(Istarú, 1986, IX: 24-25) (Recalcado mío)

Como se nota, con la cita anterior, la figura femenina es alterada pues se rompen los esquemas preestablecidos por la tradición, para dar lugar a la experiencia personal, agitada por la complacencia de sus apetitos corpóreos, antes que por el cumplimiento de sus “deberes”. *Recordemos*, pues, los sexos (eso que hemos olvidado por obligación...), pero lejos de las “viejas recomendaciones”, de las que hablaré a continuación.

El patriarcado se cimienta, según David William Foster, en una división tripartita de homologías rectoras: “El patriarcado funciona sobre la base de una estricta homología entre másculo (macho)-masculino-hombre y femíneo (hembra)-femenino-mujer” (Foster, 2000: 21). El primer término, en las dos conjugaciones (másculo y femíneo), alude a la condición biológica. El segundo (masculino y femenino) se refiere a la identidad de género que se inventa sobre la base del sexo biológico. El tercer término (hombre y mujer) apunta al papel social que los cuerpos están exigidos a desempeñar. Todas estas categorías se presentan como monolíticas, son, por lo tanto, determinantes en los sujetos.

Así, todo este imaginario se refuerza con la ley, la que finalmente vigila a los sujetos, para que no se salgan de sus límites. Quien atente

contra el sistema desatará todo un proceso de corrección y castigo sobre él. Y es en este punto en el que es importante una duda, en la medida en que ésta va a guerrear contra todas las ideas inamovibles.

Al respecto Eribon apunta que:

“...puede afirmarse que la visibilidad gay y lesbiana [y feminista] ha tenido por efecto transformar la sociedad en su conjunto, ya que ha modificado profundamente lo que es posible decir, lo que se puede ver y, por consiguiente, pensar. La movilización homosexual, la salida a la luz del día y la intensificación de la vida «subcultural» representan sin duda (junto con el feminismo) uno de los mayores entre-dichos en que ha sido puesto el orden establecido, sexual y social, pero asimismo «epistemológico»”. (Eribon, 2001: 48)

Ana Istarú presenta a una mujer cuya feminidad difiere de la impuesta por la voz patriarcal, debido a que es demandante, como lo hemos visto; pero, además, es una voz que busca su libertad y, lo que deviene de esa circunstancia, es su excentricidad con respecto a la elite ideológica, que la coloca, como mujer, en otro lugar. Ella, por supuesto, no permite censura, y grita su queja y su divorcio con la norma:

“Porque tomo la punta de mis senos,

campanitas

de agudísimo hierro

y destierro

este himen puntual

que me amordaza

en escozor machista

y en larga lista

de herencia colonial.

Yo borro este tratado de los cráneos,

con ira de quetzal

lo aniquilo,

con militar sigilo

lo muerdo y pulverizo,
 como a un muerto ajado e indeciso
 lo mato y lo remato
 con mi sexo abierto y rojo,
 manajo cardinal de la alegría”
 (Istarú, 1986; III:17) (Recalcado mío)

Resignificar el cuerpo humano, quitándole la primacía a lo genital “como única sede del placer legítimo y como metonimia rectora para establecer la identidad del individuo” (Foster, 2000: 17), es la propuesta que, desde las teorías queer, se plantea. Estamos, pues, en un proceso de constructor, pero, a la vez, destructor, ya que se podría formular, a partir de la demostración de lo oculto, una nueva organización social más consciente de las diferentes realidades que la conforman, y de la necesidad (urgente) de alejarse de toda concepción fija y, por lo tanto, dictatorial, del sujeto social, quien debería configurarse según sus variabilidades como ser humano.

Así, en estos textos, la corporeidad va a ser excitada no sólo a través del contacto entre uno y otro cuerpo, sino también a partir de cada sensación que los personajes sepan estimular en sí mismos⁶. Esto revela la potestad que cada uno posee sobre su fisonomía y sensibilidad. Al respecto David William Foster nos dice:

“...se reivindica la masturbación como signo del control del sujeto sobre su propio cuerpo [...]. La masturbación no es necesariamente una práctica solitaria, sino un atender al propio cuerpo y, en ese sentido, constituye un nivel de control autoerótico que permite compartir eficazmente el placer con otro(s) cuerpo(s)”. (Foster, 2000: 19)⁷

Si atendemos, desde esa cita, la figura femenina que nos expone Ana Istarú, vamos a encontrar a una mujer que reconoce la sensibilidad en sus formas, las cuales serán descritas como materia hermosa y blanco de tentación, veamos:

“Dos pechos como lunas
 harinosas y hermanas

me han preñado de dóciles
 hemisferios de oporto.
 Inmóvil, de la miel
 gota perfecta,
 como un punto final
 de oscura simetría
 te ha coronado, monte,
 pezón de pardo polen.
 Por ti, lúbrico bebe
 ardiente el mediodía.
 Por ti, que de la cuna
 a sábanas henchidas
 glorificas la loca
 pasión de la saliva,
 lenguas, labios te acosan.
 Bendita sea tu forma
 colmenar, de molusco,
 de enfoguecidos hornos.
 Eres como una música
 que me huele a vendimia.
 Y eres tibio, estelar,
 del amor estandarte
 lozano como el día.
 Dos pechos tengo y son
 la escritura del fuego,
 pequeños monasterios
 donde la leche helada
 que los astros olvidan
 se hace savia de besos,
 plateada y bendecida.”
 (Istarú, 1986, XIII: 28) (Recalcado mío)

La revaloración de la figura humana hace que los hombres y las mujeres vuelvan las miradas hacia sí mismos, para descubrirse y replantearse el erotismo, en sus múltiples posibilidades. Como lo vemos en la cita anterior, hacia el principio del texto, la mujer reconoce la sensibilidad de su fisiología y puede, por lo tanto, proyectar la imagen de su cuerpo como una totalidad sensible y apetecible: “por ti, que de la cuna / a sábanas henchidas / glorificas la loca / pasión de la saliva”. Hacia el final, expone la pasión y las ansias que puede despertar su cuerpo de “enfoguecidos hornos”, listo para la “savia de besos”.

Siguiendo esta línea, tenemos la exposición de la masturbación masculina, en *Paisaje...*, por ejemplo:

“Dirá tengo cuerpo, soy cuerpo, cuerpo. [...]Óscar se quitará su calzoncillo y se meterá en la cama . [...]Deslizará su mano bajo la sábana y con la yema de su dedo se tocará de nuevo el pezón izquierdo. Su otra mano estará cerca de una nalga, la acariciará, sentirá el fino vello que la cubre. Sus dedos pasearán por el pliegue que separa la nalga del muslo. Se deslizarán hasta alcanzar el nacimiento de los testículos. En esa posición su mano no podrá ascender por las rugosidades vellosas del escroto pero sí seguir el canal de las nalgas. Canalidades. Un poco de distancia y el dedo del corazón rozará el ojo del culo, rugoso ano lunar. Corazón anal escondido, escindido entre dunas. La mano volverá a la curvatura de la nalga. La otra mano descenderá al pene semierecto. Cuatro dedos palparán los testículos recogidos mientras que el quinto jugará con el falo. Luego empuñará ese pene robusto, sentirá su carnosidad potente”. (Chaves, 1998, 147) (Recalcado mío)

Es importante resaltar, en este ejemplo, la importancia de la estimulación física desde diversos espacios corporales y, sobre todo, un reconocimiento a través de la palpación personal, es decir, del autoerotismo; como dice David William Foster del “goce autocentrado.” (Foster, 2000: 19)

Desde el cuerpo se instituye, entonces, el patriarcado y desde el cuerpo se debe minar; no es de extrañar que las teorías queer trabajen, prioritariamente, con lo material, lo corporal, en la búsqueda de la reivindicación de nuevas zonas de placer:

“La prioridad de la referencia al cuerpo capta el énfasis de lo queer en el placer erótico y de su enfrentamiento con las tradiciones sociales que lo repudian. Pero más que esto instaura, no la autoridad del cuerpo para confirmar el conocimiento social e histórico, sino la centralidad de una investigación sobre lo social y lo histórico que abarque el proyecto de definir el cuerpo y de ponderar las relaciones entre el cuerpo tal como lo percibe el sujeto y los horizontes de sus experiencias sociales e históricas.” (Foster, 2000: 18)

Es necesario, en tal caso, genitalizar todo el cuerpo, rechazando el coito convencional, que viene más bien a censurar, a limitar la sexualidad⁸.

En este punto, es importante hablar sobre la sujeción del gay, en la medida en que sus cuerpos serán los más atacados, pues éstos tendrán “prácticas adversas”. Didier Eribon parte de la injuria, la que antecede tanto al que la recibe como al que la da, como el principio constructor del gay, pues ésta modela las relaciones que se entablan con los otros y con el mundo en general. La injuria concientiza al gay, posicionándolo en el lugar de la anomalía y de la opresión. Entonces, la palabra es la que inicia toda la creación del sujeto gay, pero la palabra humillante.

La palabra-ideología interpela al sujeto y lo inscribe dentro de un marco referencial, del que tomará parte necesariamente. Podemos hablar, entonces, de una subjetividad gay inscrita en la sociedad, pero es...:

“una subjetividad «inferiorizada», no sólo porque encuentra la situación inferior creada para los homosexuales en la sociedad, sino sobre todo porque está producida por ésta: no hay, por un lado, una subjetividad que pre-existe y, por otro, una huella social que a continuación la deformase. La subjetividad y esta huella social no son sino la misma cosa: el «sujeto» individual es producido por la interpelación, o sea, por las estructuras cognitivas y por ende sociales de las que es vector.” (Eribon, 2001: 88)

Así, el orden social establecido margina y agrupa a la vez; de alguna manera, podríamos decir que las comunidades marginadas son promovidas por el mismo sistema, pero, claro está, con sus condiciones... Y estas se resumen en el silencio absoluto. De esta condición nos habla un

personaje de *Paisaje...*, al conversar con su compañero, quien se muestra muy “despreocupado”: “Pasa también que vos querías que siguiéramos como en París y aquí, en San José, la onda es otra, si es que todavía no terminás de darte cuenta. Aquí no podemos llevar la misma vida que allá, tenemos otras condiciones, otros compromisos, *apariencias que guardar*.” (Chaves, 1998: 28) (Resaltado mío)

El texto de Chaves se vuelve especialmente controversial, pues se trastoca el macho patriarcal, la convivencia marital, el amor tradicional... *Grita* contra estos “principios”, que son, por tanto, pasados por alto, ya que los personajes no buscan encajar en un patrón sino realizarse según sus propias demandas y gustos. Un ejemplo claro es cuando uno de los personajes, Martín, se despoja del “mandato” del matrimonio, se despoja de la obligada “doble vida”:

“Adiós a Teresa, adiós a este padre de familia, a este esposo, sólo yo, yo: esto que queda cuando no soy yo ni es esto ni lo otro, yo y Javier, yo con Javier, ahora, ahora o nunca, sí, Teresa, quiero el divorcio.” (Chaves, 1998: 149)

La función instrumental de la apariencia, en la sociedad, ha sido la de formar ciudadanos sobre una misma perspectiva, para colocarlos dentro de los parámetros de lo normal. Al romper con este “deber”, se abre paso a nuevas posibilidades. Pero ¿cómo se da este cambio en el protagonista de este hecho? Es gracias a un encuentro con otro hombre, con Javier, que Martín se inaugura en una “nueva gramática de los cuerpos”; Martín, como dice el narrador, “nunca había sospechado el manantial de caricias que puede nacer entre dos hombres”, y sigue afirmando el interés que surge en él por: “un mundo desconocido que jamás hubiera imaginado, otra sexualidad, ¿la misma?, que lo fascinaba” (Chaves, 1998: 82). Es con esta iniciación corporal, diferente a lo que se le ha demandado vivir, que el sujeto se introduce en nuevas posibilidades, lo que lo lleva a esta reconfiguración, más acorde con su deseo.

El *deseo nos revela*, muestra nuestras contradicciones, ya que éste se sale de cualquier encasillamiento. En este sentido, y con el único

fin de apoderarse de los sujetos, el patriarcado ha trabajado de una manera muy estratégica, al censurar o, en su defecto, ocultar el deseo. Los sujetos son subordinados (y esto es así para todos). Las figuras sociales estarán determinadas por el contexto en el que se encuentren y actuarán según patrones que les anteceden. Los sujetos son diacrónicos y sincrónicos, pues, como el lenguaje, se transforman a lo largo de la historia; pero, a la vez, funcionan de diferente manera, en diferentes momentos.

El erotismo tiene que ver directamente con el cuerpo, con las sensaciones que, desde el cerebro, vivirá cada sujeto en sí. Hay una gran movilidad en estos aspectos, una gran pluralidad, sobre todo porque tendrían que ver, entonces, con el deseo, en este caso carnal... Así las cosas, mostrar el deseo, sobre todo el de los cuerpos, será lo “prohibido” de estos textos, frente a la ley que, claro, se organiza desde la ideología dominante. Actuar el deseo propio permitirá, entonces, las resubjetivaciones⁹.

Oímos, por tanto, en estos textos, la voz de sujetos silenciados, a través de su palabra y de sus cuerpos... Al respecto, este fragmento de un poema de Istarú:

“Que cuerpo es tu vocablo,

tan tu casa, amor febril, tenaz amor,

último vértice.”

(Istarú, 1986, XXXIII: 50)

El erotismo, en términos generales, designa las manifestaciones ligadas a la sexualidad y al goce de ésta. Definir qué produce este estado es imposible, ya que cada sujeto vive el erotismo de diferentes maneras. El erotismo, entonces, es subjetivo.

Sin embargo, se ha construido para que lo vivan los hombres; es, por tanto, exclusivo de este grupo, que se ha impuesto como deseante, frente a la mujer que ha venido a ser el objeto de deseo. El cuerpo femenino se ve, en este contexto, más como una máquina procreadora; lo que justifica, finalmente, todo contacto sexual (mejor dicho, genital). La hembra es la inactiva receptora de

la semilla del macho, quien en sus fueros es el que la busca y la penetra. La mujer que exprese su deseo y, más aún, demande su satisfacción, será *encarcelada* en el deshonoroso espacio de la *ninfomanía*¹⁰.

Contra esto, el poemario de Istarú expone a una mujer deseante, que hace uso de la palabra para pedir el cuerpo de quien puede satisfacer sus ansias. Con lo cual, se nos presenta el despertar corporal de la figura femenina, cuya sensibilidad había permanecido silenciada:

“Entonces
una alterada cidra
en el allí
remoto país
de la entrepierna
rebotante.
Palpo la esquina
más erguida
que se fraguó
en tu carne.
Cuánto desnudar
amadamente
tus espigas,
tu ancla de musgo ensortijado.
Te arribo,
te conjuro,
te fermento.
Que oscuridad de lluvias traigo
en las entrañas
para trenzar tu larga
intensidad
de hierro blando.
Entonces

en el aquí
valle de muslos
la noche forcejea
-dulce maestra-
bebe tu fruto
mi cóncava textura.
Aquí
en este entonces
ínfimo y preciso,
cenit de gozos
-tu fruto que decrece,
niño derruido-
el universo se detiene.” (Istarú, 1986, XVIII:
33-34)

De los versos (1) al (14), el yo lírico describe la figura masculina, principalmente lo genital, que es lo que llama su atención; la erección se provoca por la acción de la mujer, al palpar “la esquina / más erguida / que se fraguó / en tu carne”. De los versos (15) al (29), hay una figura femenina que pide el goce de la penetración y que se ofrece en la búsqueda conjunta de la satisfacción. Y, cuando ésta se logra, se acaba todo, se detiene todo (Del 30 al 36). Es claro que el dinamismo tiene su origen en la mujer, es ella quien toma la iniciativa, quien arriba, conjura y fermenta, como un juego de sensibilidad y de estimulación que lleva a la erección del hombre, planteada desde diversas imágenes fálicas como: “tu ancla de musgo ensortijado”, “tu larga intensidad de hierro blando”, “remoto país de la entrepierna”, etc. Esa erección va a permitir el clímax de la unión, la cual es concebida como una experiencia que subsume la calidad de la otras vivencias, tanto así que la caída del gozo se da con el orgasmo, a partir del cual se rompe el lazo entre los protagonistas del acto, lo que implica una pérdida y un retorno a la sensación de vacuidad: “-tu fruto que decrece, / niño derruido- / el universo se detiene”.

Se han establecido, entonces, dos pocios ante la sexualidad, determinadas por las condiciones biológicas y, por ende, por las identidades y los roles sociales establecidos. Estos esquemas, que no podrían funcionar ni dentro del heterosexismo, se han extendido al homoerotismo, donde, siguiendo con esta idea monolítica y bipartita, se habla de sujetos pasivos y activos. Como no es de extrañar, los primeros se ligarán a las “odiosas” mujeres y los segundos al “imponente” macho, y esta será una fisura por donde se implantará la marginación, hasta dentro de los mismos gays. Estos, como apunta Eribon, se han organizado a partir de la polaridad entre virilidad y afeminamiento (Eribón, 2001: 13). Lo que tiene que ver con los roles impuestos a los sujetos, que limitarían, también, la sexualidad de los mismos; sin embargo, cualquier contexto homoerótico, siempre sería subversivo y digno de llevarse a los espacios más “*underground*” de la sociedad.

Así, y con todo lo anterior, en *Paisaje...*, nos revelan un erotismo que no tiene nada que ver con el instaurado por la norma, como lo veremos con la siguiente cita:

“Óscar prendió una luz tenue. Mario estaba cerca de la puerta. Se acercaron lentamente, se abrazaron, se besaron. Mario comenzó a desvestirse a Óscar, despacio, besando y acariciando cada parte que iba quedando al desnudo. Un placer intenso y minucioso se iba apoderando de ellos. Óscar le quitó la camisa a Mario, recorrió con sus manos y su lengua el pecho ligeramente velludo, las tetillas rosadas; luego lo despojó de los pantalones, de los calcetines. Besó las plantas de sus pies, el talón, la pantorrilla, los muslos largos y fuertes [...]. Tras la pausa siguió una nueva ronda de caricias y de besos, de frotamientos, de rozamientos, de penetraciones y succiones, un estremecimiento delicioso de todos los elementos del cuerpo [...] un estallido mutuo de placer y desvanecimiento”. (Chaves, 1998: 32-33) (Subrayado mío)

Impera la búsqueda de la satisfacción, como objetivo principal de las voces que, desde su deseo, atentan contra la norma, desligándose, así, de la opresión que ejerce la institución patriarcal. El cuerpo masculino se explora y se explota en toda su extensión. Los dos sujetos, dos

hombres, hacen lo que desean con su cuerpo y el del otro. Es claro que el erotismo se vive desde uno para uno. Pero es posible compartir esta vivencia, actuarla mutuamente: es un acto *reflejo y recíproco*, como se nota con la cita anterior. Los dos sujetos son activos, se movilizan a lo largo de los cuerpos, develando lo oculto, quitando prendas, rompiendo barreras, finalmente, mostrándose en la desnudez de su deseo.

Los cambios en las costumbres y en los usos sociales, sólo han sido posibles gracias a las luchas de las organizaciones que defienden los derechos de las minorías, las que tienden a abrir un campo más amplio de “tolerancia” o, al menos, dan origen a múltiples estudios, debates y controversias. Algo de esto he buscado con este trabajo investigativo, que ahora podemos renombrar como compromiso investigativo. Hago más las palabras de un personaje de *Paisaje...*, éste conversa con otros sobre las diferentes percepciones de los gays, y sobre este nombre que se han venido a dar, claro que nunca llegan a una conclusión, cada uno tiene su imaginario; sin embargo, las palabras de Oscar me han llamado mucho la atención pues tienen muchas implicaciones político-sociales: “Se trata de quemar las máscaras y los antifaces y de poner en duda una supuesta normalidad” (Chaves, 1998: 57).

La estación de Fiebre y Paisaje con tumbas pintadas en rosa, con todo lo dicho, forman parte de un discurso contestatario que intenta abrirse paso entre la estrechez ideológica, al referirse a temas tan censurados como el erotismo, pues, como se apuntó, parece atentar contra “la integridad de la sociedad”. Estos textos trabajan la mostración del deseo de sujetos históricamente silenciados, desde su piel hasta su palabra. Estas mostraciones sólo pueden traer consigo una gran inestabilidad social, y es, a partir de ésta, que se da un trabajo cómo éste, un trabajo que se pregunta sobre la identidad de los cuerpos.

No es de extrañar, con lo dicho, que se nos hable, hacia el final de *Paisaje...*, de la identidad o, mejor dicho, de las identidades:

“Comenzás a escarbar en ese núcleo supuestamente compacto de la personalidad, de la nacionalidad –de las identidades, pues–, y ¿qué encontrás?, pura

ideología, blablablá, bablublá, sólo capas de una cebolla en la que no hay corazón. Capas de palabras que se superponen unas a otras, sin nadie adentro. ¿Será entonces la palabra nuestro hilo conductor? Conductor no, porque no lleva a ninguna parte: las palabras sólo llevan a más palabras. A falta de utopías, atopías. En vez de identidad, crítica del yo: prosa mística. Si el hilo de Ariadna guiaba al héroe en el laberinto, el hilo de las palabras es el laberinto mismo. No estamos en él, somos el laberinto.” (Chaves, 1998: 172) (Recalcado mío)

Borges ha planteado que quizá los enigmas sean más importantes que las soluciones. La identidad, entendida como una piedra, sería solución, tranquilidad. La crítica del yo, de la que se habla en esta cita, sería el enigma. Gracias a este enigma y a su permanencia, en el sentido en que parece ser irresoluble, es que ahora los sujetos podrán y deberán afrontarse. ¡Estamos frente al vértigo de la libertad!

La estación de fiebre, desde su nombre, es mucho más clara con respecto a lo erótico. Se plantea este tema desde la entrada del libro hasta el final: hay todo un potencial sexual-erótico y, a partir de éste, un proceso constructor. Es un erotismo en el que media lo que, desde el psicoanálisis, se conoce como el vínculo y esto es lo que me interesa rescatar, en este punto.

(Paisaje con tumbas pintadas en rosa toca otros temas que atañen a la comunidad gay. Es claro, entonces, que me he centrado en el erotismo, por razones expuestas desde inicio de este trabajo. Sin embargo, sería muy importante trabajar los otros aspectos que se exponen sobre este grupo, pero esto lo dejo para proyectos futuros).

No es que esté, ahora, satanizando, ni mucho menos, los contactos eventuales entre los sujetos, igual siempre tienen su fundamento en una necesidad emocional, humana, de contacto; sin embargo, como lo hace Istarú, es importante rescatar el amor (sea lo que esto sea) en un momento en el que parece ser subversivo:

“Ahora que el amor
es una extraña costumbre,
extinta especie

de la que hablan
documentos antiguos,
y se censura el oficio desusado
de la entrega;
ahora que el vientre
olvidó engendrar hijos,
y el tobillo su gracia
y el pezón
su promesa feliz
de miel y esencia;
ahora que la carne se anuda
y se desnuda,
anda y revolotea
sobre la carne buena
sin dejar perfumes, semilla,
batallas victoriosas,
y recogiendo en cambio
redondas cosechas;
ahora que es vedada la ternura,
modalidad perdida de las abuelas,
que extravió la caricia
su avena generosa;
ahora que la piel
de las paredes se palpan
varón y mujer
sin alcanzar el mirto,
la brasa estremecida.
Ardo sencillamente,
encinta y embriagada.
Rescato la palabra primera

del útero,

y la clásica y extravagante

emprendo la tarea

de despojarme.

Y amo.” (Istarú, 1986, IV: 18) (Recalcado mío)

En este poema, entonces, se revalora el amor, concepto que parece mellado por los múltiples cambios en la sociedad. Si hay una queja, en el poema, es frente a la aparente incapacidad de crear vínculos, desde donde se plantean renovaciones en diferentes nociones; es, entonces, a partir del “despojo”, que marca el yo lírico, que se puede restablecer una nueva vida de pareja, en este caso heterosexual. Esto, finalmente, es una liberación que permite una reconfiguración, como se ha planteado más arriba.

Puede haber muchas quejas contra la, llamada por Giddens, “sexualidad plástica”, pero es gracias a esta “revolución sexual”, como también se ha nombrado, que los sujetos han podido despojarse o liberarse de muchas ataduras que les impedían configurarse, no de manera auténtica, pero sí propia. Quedarse en la sexualidad plástica sería como permanecer en una rebeldía con causa, aunque sin fin.

Giddens señala que ninguno de los cambios sociales ha superado en relevancia a los que tienen lugar en la vida privada; es decir, en la sexualidad, las relaciones, el matrimonio y la familia; plantea, así, que existen muy pocos países en el mundo donde no se haya debatido sobre la igualdad sexual, la regulación de la sexualidad y el futuro de la familia. Para Giddens, una transformación de la intimidad sería producto, a grandes rasgos, de la racionalidad propia de la modernidad. Sería, pues, el resultado de la democratización de los espacios privados, de la autonomía y empoderamiento de las mujeres, y de la aparición de una “sexualidad plástica”, con la separación entre sexualidad y reproducción. Todo esto ha contribuido a la instauración de lo que Giddens llama “pura relación”, relación de igualdad sexual y emocional entre hombres y mujeres. Dice Giddens:

“...la sexualidad plástica es crucial para la emancipación, implícita tanto en la pura relación como en la reivindicación del placer sexual por parte de las mujeres. La sexualidad plástica es una sexualidad descentrada, liberada de las necesidades de la reproducción. Tiene sus orígenes en la tendencia, iniciada a finales del siglo XVIII, a limitar estrictamente el número familiar; pero se desarrolla posteriormente, como resultado de la moderna contracepción y las nuevas tecnologías reproductivas. La sexualidad plástica puede quedar moldeada como un rasgo de la personalidad y se une intrínsecamente con la identidad.” (Giddens, 1998: 12)

En el caso del gay, éste parece haber sido condenado, desde su silenciamiento, a vivir una sexualidad del momento, urgente, en la que cualquier tipo de vinculación parece innecesaria. Por supuesto, no es posible hablar en términos generales, la vinculación existe entre los gays y las lesbianas, así como existe entre los heterosexuales este tipo de erotismo del que hemos hablado. Sin embargo, parece que hay mayores dificultades entre los gays, frente a la imposición del ocultamiento y la apariencia.

Así, en *Paisaje...*, se nos presenta tanto a gays que viven una sexualidad ligada a aspectos, que se pretenden más profundos, como una sexualidad del goce por el goce, donde se vive el momento. Estos puntos pueden llevarnos a discusiones sin fin, sobre todo, frente a posiciones sumamente materialistas, pero es importante hablar de esta necesidad entre los seres humanos, creada o no, de vinculación: parece que hay algo más allá de la carne que también nos atañe.

Notas

- 1 Tal vez, y siguiendo a Eribon, es en este punto donde más difieren los movimientos gays (y feministas), pues cada uno busca, en su diversidad, su propia percepción. Como sabemos, esto no sólo es un problema dentro de estos grupos sociales, sino en general, en la medida en que se busca “congelar” la identidad, como si fuese posible tal acción. “Estamos siendo”, de ahí que reine la contradicción entre los seres humanos. Dice Eribon: “La autodefinición colectiva es lo que se dirime en las luchas entre los homosexuales mismos, y así la «identidad» no es ni una realidad ni un programa, ni un pasado

ni un futuro ni un presente, sino un espacio de impugnaciones y de conflictos políticos y culturales. Lo que implica que no puede ser nunca totalmente estabilizada en un discurso único o unitario que pudiese aspirar a encerrarlo en una comprensión fija.” (Eribon, 2001: 110)

- 2 Aquí es importante apuntar que la razón es un “don” exclusivo de los hombres; por lo que los proscritos, todos, serán relegados al ámbito de lo femenino: “¡Nada más aborrecible!”, dirá el patriarcado. Lo femenino, por su parte, está inscrito en el espacio relativo a los sentimientos, a la sinrazón...
- 3 La Contrarreforma es un movimiento que tuvo lugar en el seno de la Iglesia católica apostólica romana en los siglos XVI y XVII. Supuso un intento de revitalizar la Iglesia y oponerse al protestantismo. Pablo III fue el iniciador de todo este cambio que vino a alterar a la sociedad occidental en general: una poderosa corriente represiva, que empezó hacia 1542, penetró en el propio catolicismo romano cuando se instituyeron el Índice de Libros Prohibidos y una nueva Inquisición. El pontificado de Pablo IV aportó el más vigoroso apoyo a estas medidas. En España, la Inquisición se convirtió en un instrumento dependiente de la Corona, usado con eficacia por los monarcas españoles, en especial por el rey Felipe II, para asegurarse la ortodoxia de sus súbditos y suprimir tanto la disidencia política como la religiosa.
- 4 En general, el alma se concibe como un principio interno, vital y espiritual, fuente de todas las funciones físicas y en concreto de las actividades mentales. Eribon, al referirse a ésta y su relación con la injuria, la define como “lo más profundo del ser” (Eribon, 2001: 97), pues, como se verá, la injuria se talla en lo más profundo del marginado.
- 5 Recordemos ahora la reprobación de origen cristiano de la “concupiscencia” (cupere ‘desear’), para designar la afición desmedida por los placeres sexuales.
- 6 La ideología dominante perfectamente podría hablar aquí de cuerpos criminales.
- 7 Sobre este punto es conveniente resaltar la relación de este erotismo improductivo con la condenatoria de Onán. Onán es el ejemplo del hombre castigado por no haber dejado descendencia. La teología designa al onanismo como una práctica de elección, la de la “savia sin finalidad”, pero es claro que con estos mismos términos se habla de la repugnante

masturbación, dándole, pues, categoría de deleznable y, por supuesto, de enfermiza. El onanismo atenta, entonces, contra principios dogmáticos de muchas religiones: la no procreación y el autoerotismo.

- 8 Eribon, desde Foucault, habla de tres ámbitos de experiencias basados en el mundo de la sinrazón. Así, tenemos a la sexualidad en sus relaciones con la organización de la familia, a la profanación en sus relaciones con las nuevas concepciones de lo sagrado y al libertinaje, que junto con la locura vendrán a ser el espacio del internamiento.
- Apunto, pues, que los feminismos, muchas veces, han partido de la validación del cuerpo femenino como un cuerpo deseante, en busca de su reivindicación. Las minorías se sublevarán, entonces, desde sus cuerpos, en busca de su apropiación en todos los ámbitos que conforman al ser social.
- 9 Eribon define este término como una “acto por el cual se reinventa la identidad personal a partir de la identidad asignada”. (Eribon, 2001:?) Entonces, será, también, una renominación, será tomar conciencia de uno mismo.
- 10 Este término se relaciona con las ninfas, consideradas muy agresivas en su conducta sexual, capaces de raptar al objeto de sus deseos. También se ha conocido como andromanía o furor uterino.

Bibliografía

- Chaves, José Ricardo. *Paisaje con tumbas pintadas en rosa*. Heredia, C.R.: Edit. EUNA, 1998.
- Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona, España: Edit. Anagrama, 2001.
- Foster, David. *Producción cultural e identidades homoeróticas*. San José, C.R.: Edit. de la UCR, 2000.
- Giddens, Anthony. *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo*

- en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Gutiérrez Delgado, Pilar. *El discurso nacionalista en la literatura y las artes plásticas costarricenses*. Proyecto de graduación presentado como requisito parcial para optar por el grado de Licenciatura en Historia del Arte. San José, C.R.: Universidad de Costa Rica. Escuela de Artes Plásticas, 2000.
- Istarú, Ana. *La estación de fiebre*. San José, C.R.: EDUCA, 1986.
- Salzman, Zetenek. "Concepto de Cultura". *Antropología panorama general*. México, D.F.: Publicaciones Culturales S.A., 1980.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista de América*. México, D.F.: Edit. Siglo XXI, 1987.
- Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los Otros*. México, D.F.: Edit. Siglo XXI, 1991.
- Villoro, Luis. *Estado plural, pluralidad de culturas*. México, D.F.: Edit. Paidós, 1998.
- Zavala, Magda. "Poetas centroamericanas de la rebelión erótica". En: *Káñina*, Rev. Artes y Letras, Universidad de Costa Rica. Vol. XXI especial (2), 1997.